

Filemón se alegró al verlo tan contento. En realidad, nadie habría dicho, por su risueño aspecto y por sus modales, que venía cansado por todo un largo día de viaje, ni que estaba descorazonado por el mal trato recibido al final de la jornada. Iba vestido de un modo más bien extraño y tocado con una especie de gorro con alas que sobresalían a los lados. Aunque era una tarde de verano, llevaba capa y se envolvía estrechamente en ella, quizá porque la ropa que llevaba debajo estaba demasiado rota. A Filemón le sorprendió también la forma extraña de sus zapatos; pero estaba anocheciendo y, como el anciano ya tenía la vista cansada, no pudo apreciar bien en qué consistía la rareza. Una cosa le intrigaba sobre todo: el viajero era tan extraordinariamente ligero y activo que parecía como si los pies se le levantasen del suelo por sí mismos y tuviese que sujetarlos a la fuerza.

—En mi juventud tenía yo también los pies ligeros —dijo Filemón al caminante—, pero recuerdo que al llegar la noche solía sentirlos un poco cansados.

—No hay nada como un buen bastón para aligerar el camino —replicó el forastero—, y el mío es excelente, como puedes ver.

El bastón, en efecto, era el más extraño que Filemón había visto en su vida. Estaba hecho de madera de olivo y tenía en el puño como un par de alitas. Dos serpientes, talladas en la madera, se retorcían alrededor del palo. Estaban tan bien esculpidas que al anciano Filemón (cuyos ojos, como ya he dicho, eran un poco débiles) casi le parecieron vivas.

NATHANIEL HAWTORNE: *El libro de las maravillas*, Alba

Era la primera vez que el chico contemplaba el aspecto del anciano a la luz del día. Vestido a la occidental y cubierto con el turbante, parecía más menudo aún que las noches anteriores. Bachir le vio moverse con cierta vacilación, aunque sus piernas eran tan firmes que se sentó a su lado sin apoyar las manos en el suelo.

Entonces se desanudó el turbante y Bachir pudo observar su rostro. A medida que se descubría, el chico sintió una profunda impresión. Una larga cicatriz partía de la frente, atravesaba la mejilla izquierda y discurría por la comisura de los labios hasta perderse en la barbilla. La cara parecía salpicada por decenas de hoyuelos cubiertos por una piel rosada. Y, como si se tratara de un collar, otra cicatriz parecía rodear su cuello hasta donde se perdía la mirada.

Por un instante, Bachir tuvo la sensación de que a ese hombre se le había caído la cabeza y se la habían vuelto a coser al cuerpo. Jamida notó el silencio sorprendido del chico y preguntó.

—¿Te asusto?

—No. Bueno, un poco...

—Como te dije, fui herido. De recuerdo, me dejaron algunos costurones en el cuerpo.

—¿Le duelen?

—La espalda, a veces. Mantengo una bala alojada cerca de la columna. Cuando hace frío, el metal parece helado. Es como si tuviera un termómetro dentro del cuerpo.

RICARDO GÓMEZ GIL: *El cazador de estrellas*, Edelvives

La NASA culmina el montaje del espejo del gran telescopio espacial "James Webb"

El meticuloso ensamblaje de las 18 piezas del espejo principal en la estructura del telescopio comenzó a finales de noviembre del año pasado.

Los 18 hexágonos forman una superficie total colectora de luz de 6,5 metros de diámetro, lo que significa un tamaño gigante en términos de instrumentación astronómica espacial (el espejo principal del *Hubble*, de una sola pieza, mide 2,4 metros de diámetro). Dado que no hay cohete capaz de llevar al espacio un artefacto de esas dimensiones, los ingenieros optaron por el espejo compuesto por varias piezas. [...] El espejo del James Webb irá plegado en el lanzamiento y se abrirá una vez en el espacio para formar la gran superficie colectora de luz.

Los 21 segmentos de espejo que llevará el telescopio (18 en el espejo primario) están hechos de berilio, material elegido por su rigidez, ligereza y estabilidad ante las temperaturas ultrabajas que tendrá que soportar en el espacio. Pero el berilio no es muy reflectante para la luz infrarroja que captará el James Webb, explica la NASA, por lo que cada pieza va recubierta de una finísima capa de oro (en total 48,25 gramos por segmento). Cada uno de los 18 hexágonos del espejo pesa 40 kilos.

www.elpais.com

El contenido del bolso de Ford Prefect era muy interesante, y a cualquier físico terrestre se le habrían saltado los ojos de las órbitas solo con verlo, razón por la cual su dueño siempre lo ocultaba poniendo encima unos manoseados guiones de obras que supuestamente estaba ensayando. Aparte del Subeta Sensomático y de los guiones, tenía un Pulgar Electrónico: una varilla gruesa, corta y suave, de color negro, provista en un extremo de dos interruptores planos y unos cuadrantes; también tenía un aparato que parecía una calculadora electrónica más bien grande. Estaba equipada de un centenar de diminutos botones planos y de una pantalla de unos diez centímetros cuadrados en la que en un momento podía verse cualquier cara de su millón de «páginas». Tenía un aspecto demencialmente complicado, y ésa era una de las razones por las cuales estaba escrito en la cubierta de plástico que lo tapaba las palabras NO SE ASUSTE con caracteres grandes y agradables. La otra razón consistía en que tal aparato era el libro más notable que habían publicado las grandes compañías editoras de Osa Menor: la Guía del Autoestopista galáctico. El motivo por el que se publicó en forma de Micro Submesón Electrónico, era porque, si se hubiera impreso como un libro normal, un autoestopista interestelar habría necesitado varios edificios grandes e incómodos para transportarlo.

DOUGLAS ADAMS: *La Guía del Autoestopista Galáctico*, Anagrama

Era diferente a sus hermanos y hermanas. El pelo de todos evidenciaba el tono rojo heredado de su madre, la loba; mientras que solo él, en aquel aspecto, seguía a su padre. Era el pequeño cachorro gris de la camada. Había heredado la verdadera raza de los lobos; de hecho, era prácticamente exacto al viejo Tuerto, pero con una única excepción, y era que tenía dos ojos en lugar de uno como su padre. Los ojos del cachorro gris no se abrieron durante mucho tiempo, aunque ya podía ver con claridad. Y mientras sus ojos seguían cerrados, había sentido, probado y olido. Conocía muy bien a sus dos hermanos y a sus dos hermanas. Había comenzado a retozar con ellos de forma débil y torpe, e incluso a reñir, la pequeña garganta vibrando con un extraño y áspero ruido, precursor del aullido, al enfurecerse. Y mucho antes de que sus ojos se abrieran, había aprendido por el tacto, por el sabor y por el olor a conocer a su madre, fuente de calor, de alimento líquido y de ternura. Tenía una lengua amable y cariñosa que le amansaba cuando la pasaba sobre su blando y pequeño cuerpo, y le impulsaba a acurrucarse junto a ella y adormecerse. La mayor parte de su primer mes de vida la pasó así, durmiendo, pero en aquellos momentos en los que ya podía ver bastante bien y en los que permanecía despierto durante más tiempo, comenzaba a aprehender su mundo mucho mejor. Su mundo era oscuro; aunque aquello no lo sabía, ya que no conocía otro. Estaba en penumbra, pero sus ojos no habían tenido que adaptarse a ninguna otra luz. Su mundo era muy pequeño. Sus límites eran las paredes del cubil, pero como no tenía conocimiento del ancho mundo que había fuera, nunca se sintió oprimido por los estrechos confines de su existencia. Pero descubrió muy pronto que una de las paredes de su mundo era diferente a las demás. Aquella era entrada de la caverna y fuente de luz. Había descubierto que era distinta a las demás paredes mucho antes de que aparecieran otros pensamientos o deseos conscientes. Había sido una atracción irresistible antes incluso de que sus ojos se abrieran y la contemplaran. La luz que partía de ella golpeaba sus sellados párpados, y sus ojos y sus nervios ópticos habían reaccionado con pequeñas y centelleantes chispas en color que le habían resultado curiosamente placenteras.

JACK LONDON: *Colmillo Blanco*, Alianza

Estaba tumbado mirando el globo de la lámpara, la luz tenue tras la pantalla roja. De pronto le pareció como si la luz creciera. Empezó a resplandecer como si formara un cielo de estrellas en el techo. En el armario donde estaba guardado su viejo osito de peluche, brillaba una media luna, como si hubiese descendido del cielo y de manera imperceptible hubiera cruzado la ventana cerrada. Una hoguera de campamento ardía en el suelo. Las sombras bailaban en las paredes y Lukas pensó que no era más que un sueño. Pero no estaba durmiendo.

Por un instante tuvo miedo y se tapó la cabeza con la sábana. Pero cuando notó que el olor de la hoguera se metía por debajo de las sábanas hasta tocarle la nariz, las apartó y pensó que no era un sueño peligroso, solo algo extraño y curioso.

Se incorporó en la cama.

Sí, toda su habitación se había transformado. De pronto vio que la cortina parecía una puerta. Se levantó con cuidado y, evitando pasar demasiado cerca del fuego, se acercó a la ventana.

Cuando subió la cortina, poco a poco, vio que la ventana que había detrás se había convertido en una puerta.

Lentamente giró el pomo. Al otro lado ya no estaba el jardín. Ya no había casas ni ninguna calle Rönnbär. Era otra cosa, algo curioso...

Volvió a la cama y se quedó sentado. Entonces se dio cuenta de que había algo amarillo junto al fuego. Al principio no pudo ver lo que era, pero cuando se inclinó hacia delante vio que era el collar de Noche. El que llevaba el día en que se marchó al País de la Lluvia.

Notó que el corazón se le aceleraba. Noche estaba por allí cerca. Volvió a acercarse a la ventana.

Fuera estaba totalmente oscuro, ya que la luna y las estrellas estaban dentro de su habitación. Pero notó que igualmente podía ver. Como Noche, pensó. En este sueño tan raro puedo ver igual de bien que Noche en la oscuridad.

Oyó un ruido en la oscuridad. Enseguida supo lo que era. También su oído se había vuelto tan bueno como el de Noche.

Pero ¿era Noche el que estaba maullando allí fuera?

Le pareció divisar algo negro, pero no estaba seguro. Contuvo el aliento y esperó. Pronto volvió a oír el maullido otra vez.

Noche, pensó Lukas. A pesar de todo, has vuelto. Vienes a verme aunque sea sólo en un sueño raro.

HENNING MANKELL: *El gato al que le gustaba la lluvia*, Siruela

La tumba es relativamente pequeña y modesta, considerando la longitud y la profundidad de varias de sus vecinas, comparables a los subterráneos de una estación de metro. Seguramente respondía al esquema ideado en Amarna, en el que habría un corredor de acceso, una antecámara espaciosa (Sala de la Realeza Eterna), una estancia pequeña (Sala de la Restauración), la cámara sepulcral (Sala de la Partida hacia el Destino Funerario); y, por último, la Sala de la Reconstitución del Cuerpo. En la tercera de ellas estaba la momia, encerrada en sus ataúdes, y sus tres armarios de madera y oro. Esta era la única sala decorada con pinturas murales. [...] A causa de su angostura, las estancias de la tumba quedaron atestadas de ofrendas suficientes para llenar un espacioso museo. Cuando Carter abrió un boquete en el tabique que tapiaba la entrada de la antecámara e introdujo una vela -el momento más emocionante de su vida-, vio "animales extraños, estatuas, y oro, en todas partes el destello del oro".

ANTONIO BLANCO FREIJEIRO: *La tumba de Tutankhamón*,
www.artehistoria.com